

FELICÍSIMO MARTÍNEZ DÍEZ

¿SER CRISTIANO HOY?

JESÚS Y EL SENTIDO DE LA VIDA

verbo divino

Felicísimo Martínez Díez

¿Ser cristiano hoy?

Jesús y el sentido de la vida

¡Qué gran nube de testigos Mis padres, mi hermana, mis
hermanos, mis sobrinos... y sus familias. Dominicanos y
dominicos de todos los continentes haciendo el mismo
camino. Tantos creyentes de acá y de allá con los ojos fijos
en Jesús, el que inicia y consuma nuestra fe. Y tantos no
creyentes que buscan en Él sentido y salvación. Su fe y sus
búsquedas están detrás de estas páginas y las han
inspirado. Su compañía a lo largo de mi vida ha sido un
estímulo. Esa nube de testigos me merece perpetua
memoria y eterna gratitud

Prólogo

Mis padres siempre me han reclamado: «Pero, hijo, ¿por qué no escribes libros que podamos entenderlos nosotros y personas como nosotros?». Ellos son personas sencillas y creyentes. Tienen la formación de la escuela rural y la sabiduría natural que la vida les ha enseñado. Su formación religiosa ha sido la de una parroquia rural de las montañas de León, recibida a través de la catequesis de la infancia y a través de la predicación dominical.

Yo también me he propuesto muchas veces escribir teología de forma que la entiendan ellos y personas como ellos. Pero casi nunca lo he conseguido, no por falta de voluntad, sino por falta de talento o por falta de acierto a la hora de escoger las palabras, las expresiones, el estilo... ¿qué sé yo? O quizá porque no he sido capaz de romper con esas exigencias académicas que a veces nos hacen confundir lo complicado con lo profundo. Todas las personas tenemos alguna deformación profesional. Y lo siento de verdad, porque ¿para qué sirve la teología, la exposición de la fe cristiana, si no la entienden ni los fieles ni los infieles? ¿Sólo para que los teólogos hablen y discutan entre ellos? Esta incapacidad para escribir de forma sencilla e inteligible para los sencillos ha sido parte de mi cruz en esta profesión.

Hace unos meses la Editorial Verbo Divino tuvo el coraje y la osadía de publicar un grueso volumen de cristología, lo cual agradezco sinceramente. Decir que es un volumen de «cristología» es decir que trata sobre Jesucristo y la vida cristiana. ¡Hasta el nombre de ese tratado sobre Jesucristo y

la vida cristiana es complicado! El primer ejemplar se lo regalé a mis padres, pero consciente de que mi madre me iba a reclamar lo mismo de siempre: «Pero, hijo, si nosotros no entendemos lo que dices en los libros». Así fue, me lo reclamó nada más leer unas líneas al azar allá por la mitad del libro. De nuevo me causó dolor escuchar un reclamo tan acertado y tan justo. Me tocó el orgullo y me dije: «Voy a intentarlo de nuevo». Es lo que estoy haciendo. No sé adónde me llevará este nuevo intento: quizá lo único que consiga sea fracasar nuevamente y ahondar la herida que lleva supurando tantos años.

Las reacciones ante ese grueso volumen no terminan ahí. Las ha habido más pintorescas y hasta cómicas. Le entregué un ejemplar a un hermano de mi comunidad y marchó todo entusiasmado. Ingenuamente pensé que se pondría a leerlo de inmediato. No habían pasado diez minutos y regresó con el siguiente mensaje: «Pesa exactamente un kilo y cuatrocientos cincuenta gramos». Fue una forma muy original de calcular el valor de la obra. Otro gran amigo mío lo recibió también como regalo. La confianza es grande entre nosotros y, para obligarle a leerlo, me atreví a amenazarle con un examen sobre el contenido del libro después de algunos meses. Se lo pensó un poco y con toda la seriedad del mundo me dijo: «Y si te lo pago, ¿me dispensas de leerlo?». Sospecho que mi amigo había tomado la lectura de un volumen tan grande como un castigo o una penitencia. Anécdotas como éstas se han sucedido hasta ahora, y me temo que aún no ha tenido lugar la última. Casi todas ellas hacen alusión al exagerado volumen del libro.

Es cierto, para escribir un libro sobre Jesucristo y la vida cristiana no hacen falta 1.000 páginas. Hay tamaños más razonables. Mi madre suele decir que cuando lee libros tan largos, al llegar al final no se acuerda del principio. Tampoco es necesario que pese más de un kilo. Escuché una vez a un

librero muy experimentado la siguiente afirmación: «para que un libro llegue al gran público tiene que ser cómodamente manejable, es decir, que se pueda leer en el metro por las mañanas con comodidad para el lector y para los vecinos de viaje». Es fácil imaginar que el librero es un habitante de la gran ciudad. Pero lo que dice vale también para la pequeña ciudad, para las villas y las aldeas. Con este mismo criterio, los editores de la obra ya mencionada me aconsejaron escribir otra obra sobre el mismo tema pero con un tamaño más razonable, con un peso más ligero, con un estilo más sencillo.

Voy a intentarlo, porque el tema vale la pena, sobre todo para los creyentes y quizá para muchos no creyentes.

En este intento he buscado algunas ayudas, y otras me han llegado sin buscarlas. Marisa, Lucía, Montse, Ángel... han leído el original y con un marcador fosforescente han subrayado palabras, frases, párrafos que no les dicen nada o que incluso les resultan incomprensibles y sin sentido. Por ejemplo, la palabra «escatología» tan utilizada por los teólogos le resultó sumamente extraña a Ángel, que es médico. A esas cuatro personas agradezco de forma especial su ayuda. Alguien incluso me dijo: «el capítulo 6 ni lo entiendo ni me interesa». Comprendo perfectamente la reacción. ¡Es el capítulo que se refiere a los grandes debates sobre la naturaleza humana y la naturaleza divina de Cristo y sobre la unidad de su persona! Pero francamente no doy más de mí y no encuentro forma de decir las cosas de manera más sencilla. ¿Será que el misterio es tan grande que no es posible expresarlo de forma completamente comprensible? Llegados a ese punto, quizá hay que encomendarse a la fe.

A Felipe, que es crítico en materias de religión e Iglesia, le tenía asignada la misma tarea de leer los originales. Pero el día que se los llevaba lo encontré en una situación familiar tan dolorosa y preocupante, que discretamente

regresé con los papeles en mi mochila. Ni siquiera le hablé del asunto. Agradezco su amistad. Muchas veces, al repasar el texto, me he imaginado cuál hubiera sido su reacción y qué hubiera hecho con el marcador fosforescente.

También me ha ayudado el simple recuerdo de muchas personas que han pasado por mi vida y, sobre todo, por mi trabajo pastoral, la mayoría con nombres propios y algunos con rostros anónimos. Mientras escribía algunas páginas me venían a la memoria rostros de aquella parroquia del Ángel en Venezuela y otras parroquias, de aquel barrio de Hong Kong y de otros barrios asiáticos, del barrio madrileño de San Blas, entre otros, de mi propio pueblo, de mi propia gente, de mis hermanos y sobrinos... Pensaba: «¿Tendrá sentido para esas personas lo que estoy escribiendo?» En todo caso, el recuerdo de todas esas personas ha sido un estímulo. Por eso, mi gratitud es grande.

Hablar sobre Jesucristo y sobre la vida cristiana

1. Jesús de Nazaret, siempre actual

Vale la pena hablar sobre Jesús de Nazaret, ese personaje que vivió hace 2.000 años. Es uno de los grandes personajes de la historia. Vale la pena preguntarse quién fue ese hombre; qué vieron en Él quienes creyeron en Él y le siguieron por los caminos de Galilea, de Samaría, de Judea...; qué han visto y qué vemos en Él quienes seguimos creyendo en Él, quienes confesamos que está vivo, quienes decimos que Él es nuestro salvador, que en Él está la salvación.

Jesús de Nazaret no pierde actualidad. Para muchas personas dejará de ser el Cristo o quizá nunca lo haya sido, pero no deja de ser un personaje que suscita interés y hasta entusiasmo. ¿Por qué sigue suscitando tanto interés y entusiasmo después de 20 siglos, en circunstancias tan distintas, en personas creyentes y no creyentes, cristianas y no cristianas? ¿Por qué sigue suscitando interés y entusiasmo incluso en muchas personas que no miran muy bien a las iglesias cristianas? ¿Por qué a muchas personas les interesa tanto Jesús y les interesa tan poco el cristianismo?

Jesús ha sido objeto de admiración y seguimiento para unas personas, y ha sido objeto de rechazo, mofa y persecución para otras. Pero nadie quedó indiferente ante su persona y su mensaje. Preguntándose por la figura de Cristo, Franz Kafka inclinó la cabeza y dijo: «Es un abismo lleno de luz. Hay que cerrar los ojos para no despintarse». Jesús arrastró tras de sí a seguidores radicales y también a perseguidores encarnizados, mártires y verdugos. Su recuerdo consoló a unos e indignó a otros. Él se convirtió en motivo de división entre amigos, familiares, conciudadanos... miembros de una misma sangre y una misma raza. Se le ha llamado el hebreo, el humanista, el burgués, el revolucionario, el maestro, el marginal...

Jesús suscitó interés y rechazo en los líderes de este mundo. Por eso ha habido persecuciones a los no cristianos y a los cristianos. Así, Jesús, el manso y humilde de corazón, se convirtió o lo hemos convertido en bandera de división y fuente de violencias sin cuento contra disidentes y herejes, contra paganos y ateos, contra judíos y musulmanes, contra los pobres y los grupos minoritarios o marginados...

Jesús también ha suscitado interés y rechazo entre los representantes del arte, de las ciencias, de la filosofía, del pensamiento. S. Weil era una enamorada del Cristo Crucificado, al que contemplaba como el «silencio de Dios». Su amor a Cristo le hizo exclamar: «Hubiera hecho falta otro Cristo para tener piedad del Cristo desgraciado». El mismo K. Jaspers, ya en pleno siglo XX, sitúa a Cristo entre los «hombres decisivos».

Hoy necesitamos volver a Jesús de Nazaret para buscar sentido a nuestra vida. Muchas personas andan desesperadamente detrás de la belleza, de la bondad, de la verdad. Necesitamos encontrar sentido para nuestras vidas. ¿Podremos encontrar respuesta en Jesús de Nazaret?

El interés y el entusiasmo por Jesús no se dan sólo entre los cristianos, sino también entre los fieles de otras religiones e incluso entre personas no creyentes. En nuestra época personajes de distintas culturas y religiones alaban y admiran a ese personaje. Mahatma Gandhi admiraba a Jesús de Nazaret y llegó a decir que las bienaventuranzas son una de las páginas más bellas de la historia de la humanidad. R. Tagore admiraba a Jesús y no tanto al cristianismo. «Hay que hacer todo el esfuerzo posible – escribía– para liberar a Cristo de las manos sectarias de los cristianos». Khalil Gibran profesó una profunda admiración por Jesús y hasta escribió una especie de vida de Jesús siguiendo los evangelios.

Jesús no es propiedad de los cristianos. Es patrimonio común de todas las culturas y de todas las religiones. Es patrimonio de toda la humanidad.

Muchos judíos quieren rescatar la figura de Jesús, el profeta de Nazaret. M. Buber afirma que desde niño vio a Jesús como «su hermano mayor». Y Ben Chorin se propone devolver la persona de Jesús al pueblo judío, «repatriarlo». Estos intentos ayudan a eliminar ese largo enfrentamiento entre judíos y cristianos a causa de Jesús, de su vida, de su pasión y de su muerte. Unos y otros hemos tenido nuestra parte de culpa en esta polémica: los judíos por negarse a reconocer la misión profética y mesiánica de Jesús; los cristianos por haber fomentado el antisemitismo. La política ha influido mucho en este asunto.

Los musulmanes también se han interesado por Jesús. Mahoma tuvo noticias de Jesús a través de los cristianos de Siria. En el Corán Jesús es presentado como un profeta, precursor de Mahoma, que es «el profeta definitivo». El Islam no acepta más que un solo Dios, Alá, y por eso no puede aceptar la divinidad de Jesús.

Y muchas personas, que ni siquiera son creyentes, han quedado fascinadas por la persona de Jesús. M. Machovec escribió un libro titulado Jesús para ateos. El autor, que se declara ateo, muestra una profunda simpatía por la personalidad de Jesús, y llega a decir: «Si tuviera que vivir en un mundo que pudiese olvidar por completo “la causa de Jesús”, no querría vivir». Otro autor no creyente, E. Bloch, dice de Jesús: «Aquí aparece un hombre bueno con todas las letras, en toda la extensión de la palabra, algo que no había ocurrido nunca». Muchos otros agnósticos y no creyentes ven en Jesús un hombre singular, un modelo de humanidad, una revelación de lo que las personas podemos y debemos llegar a ser.

Todas las manifestaciones de la cultura se han interesado por Jesús. Se han escrito muchos libros y muchas novelas sobre la figura de Jesús. Pintores, escultores y toda clase de artistas han intentado plasmar el rostro o los rostros de Jesús y las escenas de su vida. Se le ha convertido en el centro de óperas rock y de musicales de los más distintos géneros: Godspell (1973), Jesus Christ Superstar (1974)... También se han hecho muchas películas, de todo tipo, sobre la persona y la historia de Jesús.

En definitiva, la persona de Jesús sigue suscitando mucho interés, dentro y fuera de la Iglesia. En Él buscan el sentido de la vida muchas personas creyentes y no creyentes. Y en Él buscan respuesta a muchas preguntas e interrogantes que acosan al hombre y a la mujer de hoy y de todos los tiempos.

2. ...Y la vida cristiana

Detrás de Jesús quedaron sus discípulos y discípulas, sus seguidores y seguidoras. Detrás de Jesús quedó la vida cristiana. Si hoy nos interesamos por Jesús en la Iglesia es

porque nos interesa la vida cristiana. Hoy vale la pena preguntarnos: «¿En qué consiste ser cristiano?».

Esta pregunta parece muy sencilla. Su respuesta parece evidente. Y sin embargo, no lo es tanto. Después de tantos siglos, aún tenemos que preguntarnos qué cosas son esenciales en la vida cristiana, y qué cosas son accidentales. Porque a la vida cristiana se le han ido añadiendo muchas cosas secundarias que nos impiden ver, practicar y disfrutar lo más esencial del cristianismo.

Por ejemplo, hay personas cristianas que dan mucha importancia a creencias secundarias, y sin embargo apenas conocen los artículos centrales de la fe cristiana. Andan preocupadas por cualquier creencia sobre los ángeles y los demonios y olvidan la fe en Jesucristo Resucitado. Hay personas muy preocupadas por algunas normas sobre el ayuno y la abstinencia, pero olvidan la importancia central del amor, la justicia, la misericordia y el perdón en la vida cristiana. Hay personas muy preocupadas por determinadas devociones, pero olvidan la oración y la participación en la eucaristía. Esto no es bueno para la vida cristiana, e incluso la desacredita. A consecuencia de estas desviaciones, hay personas que desconfían del cristianismo o creen que la vida cristiana no es seria. Por eso, algunos creyentes han abandonado silenciosamente la Iglesia y otros se mantienen en ella con escaso entusiasmo.

En estas circunstancias es necesario buscar lo que verdaderamente es esencial en la vida cristiana. Hoy es necesario restaurar el retablo de la vida cristiana. Todos lo hemos podido observar a lo largo de nuestra vida. Los retablos de algunos templos no sólo tienen polvo. En ese caso bastaría darles un repaso con una aspiradora gigante para que quedaran limpios. Lo que sucede es que algunos de ellos tienen las piezas muy desordenadas, por eso necesitan una restauración a fondo. En algunos ni siquiera aparecen el Dios Padre, ni el Hijo Jesucristo Crucificado y

Resucitado, ni el Espíritu Santo. O están colocados en cualquier rincón marginal. En los paneles del centro podemos encontrarnos con cualquier ángel o arcángel, o con un santo patrón desconocido. Para restaurar estos retablos, es preciso volver a colocar en el centro las figuras centrales de la fe cristiana: Dios Padre, Jesucristo, el Espíritu Santo. Y es preciso representar en sus paneles los misterios centrales de nuestra fe.

Algo parecido debemos hacer con nuestra fe y con nuestra vida cristiana. Hemos de preguntarnos qué es lo esencial e imprescindible de la fe y de la vida cristiana. Esta búsqueda no consiste en hacer altas especulaciones sobre los misterios de la fe cristiana. Ni consiste tampoco en prescindir de todas las creencias, de todos los ritos, de todas las normas... que arropan la fe y la vida cristiana. Consiste, sobre todo, en buscar e identificar aquello sin lo cual ni las creencias, ni los ritos, ni las normas... son ya cristianas, aunque sigan pareciéndose.

Para acertar con lo más importante de la vida cristiana, hemos de «fijar los ojos en Jesucristo, el que inicia y consume nuestra fe», como dice el autor de Hebreos (12,2). Sólo Él nos puede revelar en qué consiste ser cristiano, ser seguidor de Jesucristo.

Jesucristo no es un simple personaje del pasado. A los cristianos no nos basta preguntarnos quién fue Jesucristo, como podemos preguntarnos quién fue Alejandro Magno. Tenemos que preguntarnos también qué significa Jesucristo para nosotros hoy. Y la mejor forma de saber qué significa Jesucristo para nosotros hoy es vivir como cristianos, vivir de acuerdo con el Evangelio, imitar la vida de Jesús. El propósito de toda meditación sobre Jesucristo no ha de ser sólo conocerle mejor, con la inteligencia y especialmente con el corazón, sino también y, sobre todo, seguirle o imitarle con más fidelidad. Pero sí, conviene conocerle bien y no confundirle con cualquier cosa.

Quien recorre el mismo camino de Jesús, terminará conociéndolo y amándolo, y sabrá qué significa Jesús para las personas. Cuando los cristianos se acercan a los pobres, a los enfermos, a los excluidos, a los que sufren; cuando practican la caridad, la misericordia, la reconciliación; cuando trabajan por la paz y la justicia... están en el camino correcto para conocer mejor y amar más a Jesús. Conocemos a Jesús en la medida que descubrimos y experimentamos en Él salvación, curación, sanación de todas nuestras dolencias; cuando nos acercamos al prójimo herido y él mismo experimenta salvación, curación y sanación. Es lo que nos sucede con muchas personas a lo largo de nuestra vida: cuando pasamos por sus propias situaciones de gozo o de sufrimiento, exclamamos: «Ahora te comprendo». Lo mismo sucede con Jesús: cuando hacemos su mismo camino podemos exclamar: «Ahora te conozco mejor, Señor, ahora te comprendo».

Es bueno conocer la historia de Jesús de Nazaret, sus enseñanzas, su vida, pasión y muerte. Pero no es suficiente. Como ha dicho el dominico A. Nolan, «nuestra preocupación no ha de ser salvar a Jesús del ataque de los enemigos; pues Él es capaz de salvarse a sí mismo». Somos nosotros los que necesitamos ser salvados por Él. Porque Jesús no es sólo un personaje importante para los hombres y mujeres de su tiempo; es también importante para nosotros hoy y para los hombres y mujeres de todos los tiempos. Es necesario descubrir en Él nuestro salvador. Lo importante no es sólo conocer a Jesús, sino también saber qué repercusión tiene este personaje en nuestra vida, si es nuestro salvador, si es salvable para nosotros.

«La vida de los cristianos constituye el quinto evangelio» (E. Schillebeeckx). Nuestra vida es o debiera ser un evangelio, un relato de la vida cristiana, para quienes nos contemplan. En el evangelio de san Marcos el ángel anuncia la resurrección de Jesús a las mujeres que van de

madrugada al sepulcro en los siguientes términos: «No os asustéis. Buscáis a Jesús de Nazaret, el Crucificado; ha resucitado, no está aquí. Ved el lugar donde le pusieron. Pero id a decir a sus discípulos que irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis como os dijo» (Mc 16,6-7). El ángel les dice que vayan a Galilea, si quieren encontrarse con Jesús. ¿Por qué a Galilea? Aquí Galilea no es sólo una provincia o una región de Palestina. Es el símbolo de la vida cristiana, del seguimiento de Jesús. Por eso, mandar a las personas ir a Galilea es invitarles a seguir a Jesús, a llevar un estilo de vida que les permita conocer a Jesús, encontrarse con el Resucitado y reconocerlo.

Galilea era una provincia situada en el norte de Palestina. El ángel manda a los discípulos y discípulas de Jesús que regresen a Galilea, para encontrarse con el Resucitado y reconocerlo. Galilea es, en el evangelio de Marcos, el símbolo o la imagen del «seguimiento de Jesús». Allí los discípulos fueron llamados por el Maestro; allí le siguieron; allí convivieron, comieron y bebieron con Jesús; allí compartieron la vida con Él, escucharon su predicación y fueron testigos de sus milagros y acciones salvadoras. El ángel les viene a decir que sólo se encontrarán con el Resucitado y lo reconocerán en la medida que continúen siendo fieles en el seguimiento, en la medida que sigan en su vida el mismo camino de Jesús. Un autor dice esto mismo con mucho ingenio: «El camino de Cristo nace bajo los pies de aquellos que lo recorren. Entrar en el camino de Cristo significa creer en Él» (J. Moltmann).

Vamos concluyendo ya esta introducción. No podemos hablar bien sobre Jesucristo sin hablar al mismo tiempo de la vida cristiana. Su persona, su vida, su muerte y su resurrección tienen una gran importancia para los hombres y mujeres de su tiempo, del nuestro y de todos los tiempos. Pero hay que descubrir esa importancia. Su vida es un modelo de vida para los cristianos, para quienes creemos en

Él y queremos seguir sus huellas. Si hablamos de Jesucristo es para desentrañar el modelo de vida que nos ha revelado la persona de Jesús de Nazaret, la vida que Dios quiere de nosotros y que a nosotros nos conviene. Hablar de Jesús o de Jesucristo es hablar también de la vida cristiana, de la vida en Cristo, como diría san Pablo.

3. Y el mal y el sufrimiento de los inocentes

Si hablamos de Jesucristo no es por pura curiosidad; es para responder a muchas preguntas que nos preocupan, para intentar explicarnos muchos dramas y muy dolorosos que hay en nuestra vida y en la de quienes nos rodean, creyentes y no creyentes. Hay demasiada injusticia y demasiado sufrimiento en la sociedad. ¿Tendrá el cristianismo algo que decir a los hombres y mujeres de nuestro tiempo? ¿Tendrá Jesús, al que los cristianos llamamos Salvador, algo que ofrecer a esta humanidad doliente y a veces injusta e inhumana?

Si hablamos de Jesucristo, es porque hay muchas víctimas que siguen clamando justicia y salvación. El clamor de las víctimas es un reclamo que Dios hace a los cristianos y seguidores de Jesús. La injusticia es un escándalo para la fe. El sufrimiento es una pregunta constante para los creyentes y no creyentes. Las víctimas se multiplican en nuestro mundo a la luz del día y a la vista de todos para vergüenza y sonrojo de la humanidad. ¿Tiene algo que decir Jesucristo? ¿Tienen algo que decir los cristianos? El problema del mal siempre ha sido un escándalo para la fe. De hecho, muchas personas han abandonado la fe a causa de una injusticia, de una desgracia, de un mal padecido sin causa. Pero, para los creyentes, el problema del mal no es sólo un escándalo. Es también una invitación a luchar contra él.

Ante el sufrimiento injusto del inocente, es necesario mantenerse firmes en la fe, pero es difícil. En estos momentos los creyentes tienen que luchar a brazo partido con el mismo Dios, como Jacob (Gn 32,23-30) o como Job. Job es inocente, y sin embargo le llueven las desgracias y el sufrimiento. Sin embargo, se mantiene firme en la fe y en la confianza en Dios. El problema del mal y, sobre todo, el sufrimiento de los inocentes mantienen siempre viva y encendida la pregunta sobre Dios. ¿Estará bien hecha esta creación? ¿Será Dios tan bueno y tan poderoso? ¿Dónde están su justicia y su providencia?

El problema del mal es más escandaloso cuando no se trata de simples catástrofes o desgracias naturales, sino del sufrimiento de los inocentes causado por otros seres humanos. Esos inocentes son las víctimas más víctimas. El mal que verdaderamente pone a prueba la fe en Dios y en la humanidad es el sufrimiento del inocente, el sufrimiento de las víctimas, aquel que unas personas causan a otras libre e intencionadamente. Aún más, el mal que pone a prueba nuestra fe es el mal y el sufrimiento de los inocentes, del cual hacemos responsable a Dios.

Este problema del mal y del sufrimiento de los inocentes lo expresa muy bien el texto de Jossel Rockower. El texto se pone en boca de un judío del gueto de Varsovia. Supuestamente escribió estas reflexiones poco antes de morir, después de haber visto morir a su mujer con un hijo de siete meses en brazos, a todos sus hijos y a los doce camaradas. Las escribió sobre los cadáveres aún calientes de éstos. Su largo relato termina con esta profesión de fe escalofriante: «Dios de Israel, yo me he escapado hasta aquí para poder servirte sin que nadie me lo estorbara, para cumplir tus mandamientos y santificar tu nombre. Pero tú has hecho cuanto has podido para que no crea en ti. Si es que piensas que vas a conseguir apartarme de mi camino, yo te digo, Dios mío y Dios de mis padres: no lo vas a lograr.

Tú puedes golpearme, puedes quitarme lo mejor y más querido que tengo en el mundo, puedes atormentarme hasta la muerte, pero yo creeré siempre en ti. ¡Yo te querré siempre a pesar de ti! Y éstas son las últimas palabras que te dirijo, mi Dios colérico: ¡no lo vas a lograr! ¡Has hecho todo lo posible para que no crea en ti, para que me desespere contigo! Pero yo muero exactamente como he vivido, en una fe en ti firme como una roca.» Aquí la fe triunfa sobre el escándalo. Se parece mucho a la fe de Job.

El escándalo del mal y el clamor de las víctimas terminan a veces en la protesta contra Dios y en el abandono de la fe. Otras veces terminan en una confesión de fe escalofriante, como la de Job o la de Jossel. A veces las víctimas se aferran a la fe en Dios contra toda razón y contra toda evidencia. Pero esta confesión de fe no quita gravedad al mal y a la injusticia. El sufrimiento sigue siendo duro. Si algunas víctimas se mantienen firmes en la fe es porque revisan su imagen de Dios, porque Jesús les revela otra imagen de Dios que les permite superar el escándalo.

Hoy las víctimas son muchas. Tenemos una tecnología tan poderosa, que hasta somos más poderosos para hacer el mal. Pero también crece en muchas personas la capacidad para hacer el bien, para luchar por la justicia. Hay muchos delincuentes. Pero también hay muchas personas que son más sensibles, más humanas, más compasivas, más solidarias, más justas... Nunca la humanidad había tenido en sus manos tantas capacidades para hacer el bien y para hacer el mal.

Además, los modernos medios de comunicación nos permiten conocer mejor el mundo, ver las catástrofes naturales, las guerras, los holocaustos, las víctimas de nuestro mundo. Cada telediario es un rosario de desgracias. Esto nos hace más difícil permanecer ajenos e indiferentes ante el sufrimiento de tantas víctimas inocentes. Con frecuencia nos ha hecho más sensibles a su clamor. Y nos

ha permitido superar esa actitud tan frecuente y tan riesgosa ante la injusticia: la tentación de conformarnos con buscar culpables. Es necesario identificar a los culpables, porque no todo da igual. Pero esto no resuelve el problema de las víctimas. Todos hemos de ser responsables y solidarios para aliviar el dolor de las víctimas, aunque no seamos culpables. Todos somos responsables de las víctimas, aunque no seamos directamente culpables. Nos lo muestra bien la parábola del buen samaritano.

¿Podrá ayudarnos nuestra fe en Jesucristo a enfrentar el problema del mal y del sufrimiento de los inocentes? El Dios cristiano se caracteriza por estar siempre atento al clamor de las víctimas, al clamor de quienes sufren, sobre todo si sufren injustamente. En la Cruz de Cristo Dios mismo fue hecho víctima. En la carne del Hijo Crucificado Dios experimentó todo el peso de sufrimiento y de muerte que acarrearán el pecado, la mentira y la injusticia. Allí se identificó con la víctima inocente más emblemática de la historia de la humanidad, el Cristo Crucificado. En su Hijo Crucificado Dios experimentó el propio abandono. Es como si Dios se dijera a sí mismo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». En la carne de su Hijo Crucificado Dios Padre se vio incapaz de parar el poder destructor del pecado, el mal uso de la libertad humana. El clamor de las víctimas nos invita a mirar a la Cruz de Cristo. Porque Él es una de las víctimas más destacadas de la historia de la humanidad. Mirando a Jesús comprendemos mejor a las víctimas; mirando a las víctimas comprendemos mejor la historia de Jesús.

4. Que Él ilumine nuestras vidas

Hay, pues, razones suficientes para reflexionar sobre la persona de Jesucristo. La primera obligación de los cristianos es conocerlo y amarlo, imitarlo y seguirlo,

anunciarlo a toda la humanidad... Es necesario «fijar los ojos en Jesús, el que inicia y consume nuestra fe» (Heb 12,2), para clarificar la vida cristiana y sus exigencias, para saber a ciencia cierta en qué consiste ser cristiano, qué lleva consigo ser discípulo o discípula de Jesús. Y es necesario volver la mirada al Crucificado-Resucitado, para que no se nos olviden las víctimas y los excluidos, o, mejor dicho, para que no se nos olvide practicar la justicia y la solidaridad que les devuelva su dignidad y que nos devuelva la nuestra. Todas estas cosas están en juego cuando meditamos y hablamos sobre Jesucristo.

Pero, además, la persona de Jesucristo ilumina todos los demás misterios de la fe cristiana: el misterio de Dios, el misterio del Espíritu Santo, el misterio de la Iglesia y los sacramentos, el misterio de la vida, de la muerte, de la resurrección, del mundo futuro. Cuando se ilumina el rostro de Jesús se iluminan todos los artículos del credo cristiano. Porque Jesús es el faro de luz que lo ilumina todo. Él es el revelador que nos descubre todo, incluso nos descubre a nosotros mismos. En Él se nos ha revelado el rostro de Dios como Padre-Madre. En Él se nos ha revelado el Espíritu Santo. En Él se nos ha revelado en qué consiste el Reinado de Dios o la soberanía de Dios sobre este mundo y esta historia. En Él se nos ha revelado el ser humano, la «nueva humanidad», en qué consiste ser verdaderamente humanos y actuar humanamente.

¡Ojalá abunde esta iluminación y esta revelación para los hombres y mujeres de hoy y de siempre, para los cristianos y los no cristianos, para los creyentes y los no creyentes! Esto nos permitirá entablar un diálogo con cristianos y no cristianos, con creyentes y no creyentes, con todas las personas. A esto se le llama diálogo ecuménico. ¡Y es tan necesario después de siglos de peleas y luchas entre los mismos cristianos! Porque el mayor deseo que Jesús

expresó en su despedida fue muy claro: «Que todos sean uno para que el mundo crea» (Jn 17,21).

II

¿Quién eres tú, Jesús de Nazaret?

1. Aquel hombre llamado Jesús de Nazaret

A Jesús de Nazaret hoy le llamamos «Jesucristo». Pero éste es un nombre compuesto de Jesús y Cristo. Es decir, es un nombre que se refiere a Jesús de Nazaret, al que la fe cristiana confiesa como el Cristo, el Mesías. Decir «Jesucristo» es decir que «Jesús es el Cristo». Y esto se dice, sobre todo, del Resucitado.

Pero, ¿quién fue Jesús de Nazaret? ¿Qué dicen de Él los evangelios? ¿Por qué se le llama Cristo? ¿Quién fue ese personaje del que decimos que murió, fue resucitado y está sentado a la derecha del Padre? ¿Existió este personaje? Son pocas las personas que lo dudan, pero hay algunas. ¿Fue una persona real o es simplemente un invento de los cristianos? Algunas personas no creyentes se hacen estas preguntas. Algunas incluso gustan de inventar cuentos y fantasías sobre Jesús. Basta leer algunas novelas recientes o ver algunas películas sobre ese personaje. Pero la mayor parte de las personas, creyentes o no creyentes, son o somos más sobrias. No llegamos a creernos esos cuentos y esas fantasías. Preferimos hacernos otras preguntas. ¿Quién fue Jesús de Nazaret? ¿Dónde vivió, cuándo, cómo? ¿Qué tipo de persona era? ¿Qué enseñaba? ¿Qué hacía? ¿Qué decía la gente de él? ¿Qué decía Él de sí mismo? ¿Cómo

terminó su vida? ¿Por qué? ¿Aporta sentido y salvación a la humanidad?

Es impresionante el gran número de libros escritos sobre este personaje. No lo he comprobado, pero tengo entendido que cada año se escriben en todo el mundo unos 2.000 (¡dos mil!) libros sobre Jesús de Nazaret.

Todas esas preguntas nos invitan a estudiar la historia de Jesús. No es tarea fácil. Muchos estudiosos han intentado escribir una vida de Jesús, pero se han dado cuenta de que no se puede escribir la vida de ese hombre como se escribe la de Alejandro Magno o Carlos V. Hace mucho tiempo que vivió, veinte siglos. Además, los testimonios que tenemos acerca de su vida están escritos, en su mayoría, por sus discípulos. Son testimonios de personas que creyeron en Él a pies juntillas y, por consiguiente, pueden ser testimonios interesados. Les interesa más hacer una profesión de fe en Jesucristo que contar minuciosamente los pequeños detalles de su vida.

En escritos de autores no cristianos hay algunos testimonios sobre la vida de Jesús. Son pocos, pero suficientes para probar que existió. La mayor parte de los testimonios sobre la vida de Jesús proceden de ambientes cristianos y de personas creyentes.

Hay unos escritos que hablan sobre Jesús y se llaman «apócrifos», porque no han sido reconocidos oficialmente por la Iglesia ni forman parte del Nuevo Testamento. Hablan sobre Jesús y ofrecen algunas informaciones de interés sobre su vida y su persona. Además tienen un inconveniente: abusan de la imaginación y la fantasía para rellenar algunos huecos de la vida de Jesús. Por ejemplo, algunos de esos escritos se entretienen inventando escenas referentes a la infancia y la adolescencia de Jesús. Nos dicen, por ejemplo, que Jesús abusaba de su poder divino para vencer en los juegos a sus compañeros. Era, pues, un

peligro público y esto planteó no pocos problemas a María y José. ¿Se puede creer esto? ¿No será fruto de la imaginación?

La mayor parte de los datos que tenemos sobre Jesús proceden de los evangelios que se llaman «canónicos», es decir, de los cuatro evangelios reconocidos oficialmente por la Iglesia: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. También san Pablo nos ofrece algunos datos de la vida de Jesús, pocos. Pero la intención primera de los evangelistas no es hacer una crónica o un diario de la vida de Jesús, o escribir su biografía. En primer lugar, están escritos unos 50 años después de la muerte de Jesús, aunque recogen lo que las comunidades cristianas habían transmitido durante aquellos años. Su propósito es dar una catequesis a las comunidades cristianas sobre la persona de Jesús y su obra salvadora. No intentan informar sobre los pequeños detalles de la vida de Jesús. Se proponen alimentar y sostener la fe de las comunidades cristianas. No hay que interpretarlos al pie de la letra, como si todo lo que dicen fuera tal cual la vida de Jesús. Por ejemplo, ¿será verdad que un día Jesús dijo casi todas las parábolas, una detrás de otra, como aparecen, por ejemplo en el capítulo 13 del evangelio de Mateo o en el capítulo 15 del evangelio de Lucas? No. Es verdad que Jesús hablaba con frecuencia en parábolas, pero no que las dijera todas seguidas en un día. Pero, estudiando los evangelios, se puede llegar a conocer algunos hechos y dichos del propio Jesús, y conocer la existencia de Jesús y algunos aspectos esenciales de su vida, enseñanza, prácticas, pasión y muerte. No es poco. A esto lo llaman los estudiosos «el núcleo histórico» de los evangelios.

La existencia de este hombre es absolutamente necesaria para acreditar la fe de los cristianos. Si Jesús no existió, todo el cristianismo es un sueño o un invento de unos cuantos fanáticos. Para que la fe cristiana sea creíble tiene que estar segura de que Jesús existió y también de

que el Resucitado es la misma persona que murió en el Gólgota. La historia de Jesús es esencial para la fe cristiana, aunque algunos estudiosos no le hayan dado mayor importancia. Dicen que lo importante es la fe en Jesucristo, lo que la comunidad cristiana primitiva cree acerca de Jesús, no lo que el Jesús terreno dijo e hizo. Esto no es toda la verdad. Es cierto que a los cristianos no nos basta creer en el Jesús terreno que vivió en Palestina; tenemos que creer en Jesucristo, el que fue resucitado de entre los muertos. Ésta es la verdadera y auténtica fe cristiana. Si nos contentamos con conocer solamente la historia de Jesús, no podemos decir que hemos llegado a la fe en Jesucristo. Si prescindimos de la historia de Jesús, nuestra fe sería una experiencia subjetiva o una falsa ilusión, un sueño, una fantasía... sin ningún fundamento. Pero, para fundamentar nuestra fe, no es necesario tener una biografía completa de Jesús. Sólo necesitamos tener seguridad de que cuando confesamos nuestra fe en Jesucristo nos referimos a una persona real con una historia real, en la cual Dios se ha revelado y ha intervenido para salvar a la humanidad.

Jesús existió, sin duda. Pero, ¿qué relación hay entre el Jesús que vivió en Palestina y el Jesucristo que los cristianos confesamos cuando rezamos el credo? Los estudiosos llaman a esto el problema de la relación entre «el Jesús de la historia» y «el Cristo de la fe». ¿Es la misma persona? ¿Es el mismo el que fue Crucificado y el que fue Resucitado? ¿Quién nos salva: el Jesús terreno o el Jesucristo resucitado? ¿Cómo pasaron los primeros cristianos de creer en el Jesús terreno a creer en Jesucristo resucitado? ¿Cómo pasaron del simple recuerdo del Jesús terreno a la fe en Jesucristo resucitado?

La fe de los discípulos de Jesús tuvo una dura prueba cuando éste murió crucificado. Pero los discípulos se recuperaron cuando comprendieron que Dios lo había resucitado. Entonces comenzaron a creer de forma

definitiva. Aún más, la fe en el Resucitado y el encuentro con Él hizo que los discípulos recordaran más vivamente la historia de Jesús, con el que habían convivido en Palestina. Entonces comprendieron el sentido de muchas enseñanzas y muchos gestos de Jesús que antes no habían comprendido. A partir de la fe en el Resucitado la vida del Jesús terreno adquiere una luminosidad especial. Ahora los discípulos comprenden la relación estrecha entre el Jesús que vivió en Palestina y el que fue resucitado por Dios. Es la misma persona. A partir de aquí avivan sus recuerdos del Jesús terreno y de la convivencia con Él.

2. ¿Qué dijeron los no cristianos sobre Jesús?

La existencia de Jesús de Nazaret apenas es puesta en duda hoy por ninguna persona de buena voluntad. Tenemos testimonios de personas que no eran cristianos. En ellos se afirma que existió un tal Jesús de Nazaret, llamado el Cristo. Son escasos, pero son importantes. No intentan catequizar a nadie. La mayor parte de ellos se refieren directamente a la vida de los primeros cristianos que siguieron a Jesús. Sólo indirectamente hablan de Jesús. Recordemos algunos de ellos.

Varios de estos testimonios no cristianos pertenecen al mundo romano. Jesús fue judío, pero vivió en Palestina, que era colonia del imperio romano. Y, sobre todo, se trata de un judío que fue origen de importantes conflictos para las autoridades romanas. «Padeció bajo Poncio Pilato». También sus seguidores entraron pronto en conflicto con las leyes del imperio romano. Por eso en el mundo romano encontramos algunos testimonios sobre los cristianos y sobre Jesús.

Éste es el testimonio romano de Tácito (61-117) en sus Anales, en el que culpa a los cristianos del incendio de Roma en tiempo de Nerón: «Para acabar con este rumor, Nerón tachó de culpables y castigó con refinados tormentos

a esos que eran detestable abominación y que la gente llama cristianos. Este nombre les viene de Cristo, que había sido entregado al suplicio por el procurador Poncio Pilato durante el principado de Tiberio. Reprimida de momento, esta detestable superstición surgía de nuevo no sólo en Judea, donde había nacido aquel mal, sino también en Roma, donde desemboca y encuentra numerosa clientela todo lo que hay de más criminal y vergonzoso en el mundo».

Suetonio ofrece otro testimonio en su obra La vida de los Césares: «(Nerón) ...persiguió a los cristianos, linaje de hombres entregados a una superstición nueva y maléfica». Y en la vida de Claudio nos ofrece el siguiente texto: «Como los judíos se soliviantaban continuamente, instigados por un tal Crestos, (Claudio) los echó de Roma». ¿Se refiere a Cristo o a un tal Crestos agitador judío residente en Roma?

Plinio el Joven (62-113) ofrece un testimonio en una carta que escribió al emperador Trajano, consultando sobre la forma de comportarse con los cristianos. Dice así: «Por de pronto, respecto a los que están delatados como cristianos, he seguido el procedimiento siguiente... A los que negaban ser o haber sido cristianos y lo probaban invocando, con fórmula por mí propuesta, a los dioses y ofreciendo incienso y vino a su estatua, que para este fin mandé traer al tribunal las imágenes de las divinidades, y maldiciendo por último a Cristo -cosas todas que se dice ser imposible forzar a hacer a los que son de verdad cristianos- juzgué que deberían ser puestos en libertad. Otros, incluidos en la lista del delator, dijeron sí ser cristianos, pero inmediatamente lo negaron; es decir, que lo habían sido, pero habían dejado de serlo, unos hacía tres años, otros desde más, y aún hubo quien desde veinte. Éstos también, todos, adoraron tu estatua y las de los dioses y blasfemaron de Cristo. Ahora bien, afirmaban estos que, en suma, su crimen o, si se quiere, su error se había reducido a tener por costumbre en

días señalados reunirse antes de rayar el sol y cantar, alternando entre sí a coro, un himno a Cristo como Dios...»

En una carta de Adriano se hace referencia a Cristo: «Los que adoran a Serapis hacen como los cristianos; aunque aquellos que llevan el título de obispos de Cristo veneran a Serapis. El mismo patriarca se ve obligado por algunos a adorar a Serapis, por otros a postrarse ante Cristo. No hay más que un solo dios para todos ellos».

Y un estoico sirio envía una carta a su hijo Serapión, en la que relaciona al «rey sabio de los judíos» (Cristo) con la muerte de Sócrates: «¿De qué les aprovechó a los atenienses el hacer morir a Sócrates, si pagaron aquella ejecución con el hambre y la peste? ¿Y a los de Samos quemar a Pitágoras, si su país se vio en un instante sepultado por completo por la arena? ¿Y a los judíos matar a su rey sabio, si a partir de entonces se vieron despojados de su reino? Porque Dios en su justicia vengó a estos tres sabios».

Entre los testimonios de origen judío, el más famoso es el de Flavio Josefo en Las Antigüedades. Un primer testimonio dice así: «Anano reunió al sanedrín de los jueces e hizo comparecer ante ellos a Santiago, el hermano de Jesús, llamado el Cristo, así como a algunos otros». Pero el más conocido es el llamado «testimonio Flaviano», que dice así: «En aquel tiempo apareció Jesús, un hombre sabio, si verdaderamente se le puede llamar hombre. Porque fue autor de hechos asombrosos, maestro de la gente que recibe con gusto la verdad. Y atrajo a muchos judíos y a muchos de origen griego. Él era el Mesías. Y cuando Pilato, a causa de una acusación hecha por los hombres principales entre los nuestros, lo condenó a la cruz, los que antes le habían amado no dejaron de hacerlo. Porque él se les apareció al tercer día, vivo otra vez, tal como los divinos profetas habían hablado de estas y otras innumerables cosas maravillosas acerca de él. Y hasta este mismo día la

tribu de los cristianos, llamados así a causa de él, no ha desaparecido».

A pesar de que Jesús era judío, nació y vivió en Palestina, los testimonios judíos sobre Él son pocos y discutidos. Son tardíos y tienen carácter polémico. Presentan a Jesús como un mago, seductor, hechicero, agitador político y, en general, pretenden justificar su condena y ejecución. El testimonio más conocido dice así: «La tradición refiere: las víspera de la Pascua colgaron a Jesús. Un heraldo fue delante de él durante cuarenta días diciendo: “Será lapidado por haber practicado la magia y haber engañado y extraviado a Israel. Que los que conozcan algún medio de defenderlo vengan y atestigüen en su favor”. Pero no hubo nadie que atestiguara en su favor y por eso se le colgó la víspera de la Pascua».

El libro del Corán se refiere a la muerte de Jesús, aunque niega su crucifixión. «Ellos dicen: “Ciertamente, nosotros hemos matado al Mesías, Jesús, hijo de María, enviado por Dios”; pero no lo mataron ni lo crucificaron, sino que a ellos se lo pareció. Quienes discuten y están en duda acerca de Jesús no tienen conocimiento directo de él: siguen una opinión, pues ciertamente no lo mataron».

3. ¿Y qué dicen los cristianos?

Por supuesto, los cristianos nunca han dudado de la existencia de Jesús. Pero últimamente se discute mucho sobre qué detalles de los evangelios son verdaderamente históricos y cuáles son explicaciones de la fe cristiana. Esta discusión es más bien reciente, propia de la Edad Moderna. Hasta este momento no sólo la existencia de Jesús estaba fuera de toda duda, sino que muchos de los relatos evangélicos eran tenidos como relatos históricos.

Es comprensible. La primera generación de cristianos ni dudaba de la existencia de Jesús ni se preguntaba sobre

muchos aspectos de la vida de Jesús acerca de los cuales hoy discutimos. Tenían vivo el recuerdo de la convivencia con Él, o tenían a mano testigos oculares de la vida terrena de Jesús a quienes se podía preguntar, en caso de duda. Aún vivían María, Juan, Pedro, Santiago... Los primeros cristianos estaban más preocupados por confesar su fe en Jesucristo que por probar la existencia de Jesús de Nazaret. Les preocupa sobre todo saber quién era ese hombre y cuál era su misión para la humanidad, cuál era su relación con Dios y su relación con la humanidad.

Pasados los siglos, la espiritualidad y la piedad popular se preocuparon cada vez más por conocer la vida de Jesús, los misterios de su vida terrena. Se buscaba en Jesús el maestro, el modelo de conducta para los cristianos. Por eso, se daba mucha importancia a los relatos evangélicos, como si fueran crónicas de la vida de Jesús o un relato histórico de sus palabras y sus hechos, de sus enseñanzas y de sus acciones. Se atribuía valor histórico a casi todos los textos evangélicos. Y se hacía una interpretación literal de esos textos.

En la Edad Moderna las cosas cambiaron. Por varias razones. En primer lugar, porque unos filósofos llamados racionalistas negaban de raíz todos los fenómenos sobrenaturales. Por consiguiente, había que dudar de todos los relatos evangélicos que cuentan cosas tan maravillosas como la curación de un ciego de nacimiento y otros milagros. Esos autores no dudan de la existencia de Jesús ni discuten que fuera un personaje singular y ejemplar, un ser humano extraordinario, lleno de sabiduría y de excelencia moral. Pero niegan que sea un ser divino y que haga cosas divinas. Y en segundo lugar, porque los estudiosos se han convencido y nos han convencido de que los cuatro evangelistas no tenían la intención de escribir la historia de Jesús, sino de escribir unas catequesis sobre la fe cristiana o sobre el significado de aquel personaje para la salvación de